

LA INDUSTRIA MEMÉTICA

Esta es una época locuaz, lo que no quiere decir elocuente ni luminosa. La mayor parte de lo que se enuncia es reiteración, las perogrulladas se mezclan con los argumentos, las mentiras con las verdades y lo probado con lo supuesto. Son buenos tiempos para aquellos que suplen la falta de talento con retórica, para los charlatanes, para los que medran gracias a su facundia, para los enredadores, para los cantamañanas. Ha habido épocas en que lo han tenido más difícil o en las que han tenido que conformarse con desarrollar sus habilidades ante un auditorio tasado. Pero este es un periodo histórico en el que las audiencias se han hecho inmensas, y están formadas de una parte por unos que tienen un miedo atroz a callar, porque si lo hacen igual dejan de existir, y de otra por unos a quienes les asusta no tener a nadie que les diga algo, porque temen que eso los condene también a la desaparición. Y así es como el mundo se ha acabado llenando de ruido y los vendedores de bocinas se han llenado los bolsillos a la chita callando.

Nadie duda de que Walter Benjamin tenía razón, pero aunque él ya intuía los pros y los contras de la cuestión, seguramente se sentiría alarmado si viera las dimensiones que ha alcanzado el fenómeno que vislumbró en su celeberrimo ensayo *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* publicado en 1936. «Con la creciente expansión de la prensa», decía allí, «una parte cada vez mayor de

lectores pasó, por de pronto ocasionalmente, del lado de los que escriben. La cosa empezó al abrirles su buzón la prensa diaria; hoy ocurre que apenas hay un europeo [...] que no haya encontrado alguna vez ocasión de publicar una experiencia laboral, una queja, un reportaje o algo parecido. La distinción entre autor y público está por tanto a punto de perder su carácter sistemático [...]. El lector está siempre dispuesto a pasar a ser un escritor [...], alcanza acceso al estado de autor». Eso era ya así en los años treinta, y hoy es más verdad que entonces.¹ Ahora a todos se nos brinda la oportunidad de decir la nuestra. Pero algo falla cuando lo que hacemos la mayor parte de las veces es repetir ideas ajenas con resultados cuanto menos anodinos. Da igual lo elevada que sea una idea en origen: una banalidad mil veces repetida no hace una genialidad, pero una genialidad mil veces repetida se convierte invariablemente en una banalidad. Hace tiempo que a las palabras les está pasando como a los antibióticos, que están perdiendo eficacia de tanto usarlas y de usarlas tan mal.

1 Por eso la posición de algunos intelectuales suena tan anacrónica además de absurdamente reaccionaria. Véase más adelante el capítulo «Imbéciles».



Richard Dawkins parecía haber dado en el clavo cuando tuvo la intuición del meme. Según la idea original, que data de mediados de los años setenta, antes de la era de Internet, «meme» sería el replicador cultural que toma el relevo del replicador genético, la célula de ADN, sobre el que se basa la evolución biológica. Ese nuevo replicador sería, según Dawkins, «una unidad de transmisión cultural, o una unidad de imitación» que utiliza como caldo de cultivo la cultura humana. «Ejemplos de memes —decía Dawkins en *El gen egoísta*— son: tonadas o sones, ideas, consignas, modas en cuanto a vestimenta, formas de fabricar vasijas o de construir arcos», y citaba como ejemplo supremo de meme la idea de Dios: «Dios existe, aun cuando

sea en la forma de un meme con alto valor de supervivencia, o poder contagioso, en el medio ambiente dispuesto por la cultura humana». Pero Dawkins se refería claramente a conceptos culturales que habían resultado exitosos tras muchos siglos de historia y múltiples mutaciones, no a la gracietta que hoy salta de teléfono en teléfono como un piojo, para ir a perderse rápidamente en la jungla de las redes sociales. Gracias a Internet, el concepto de meme ha quedado en una memez. Es una chorrada que se repite, o algo sensato que a base de repetirse se convierte en una chorrada. Internet tiende a trivializarlo todo, y lo que ha ocurrido con la idea misma de meme es la prueba fehaciente de ello.

A eso hay que añadir que, igual que ha aparecido una ingeniería genética, también ha aparecido una ingeniería «memética». Una industria, más bien. No lo explica todo, pero confirma lo que apuntaba Benjamín cuando en la obra citada recordaba que «el alineamiento también creciente de las masas [es la otra cara] de uno y el mismo suceso. El fascismo intenta organizar las masas recientemente proletarizadas sin tocar las condiciones de la propiedad que dichas masas urgen por suprimir. El fascismo ve su salvación en que las masas lleguen a expresarse (pero que ni por asomo hagan valer sus derechos). Las masas tienen derecho a exigir que se modifiquen las condi-

ciones de la propiedad; el fascismo procura que se expresen precisamente en la conservación de dichas condiciones. En consecuencia, todo desemboca en *un esteticismo de la vida política* [el subrayado es mío]. Y añadía que: «Todos los esfuerzos por un esteticismo político culminan en un solo punto: la guerra. La guerra, y sólo ella, hace posible dar una meta a movimientos de masas de gran escala, conservando a la vez las condiciones heredadas de la propiedad. Así es como se formula el estado de la cuestión desde la política. Desde la técnica se formula del modo siguiente: sólo la guerra hace posible movilizar todos los medios técnicos del tiempo presente, conservando a la vez las condiciones de la propiedad.»

Son palabras que fueron dichas en pleno auge de los regímenes fascistas, en los albores de la segunda guerra mundial, y por tanto hay que extrapolarlas con cuidado. Pero si nos resultan tan inquietantes en los tiempos actuales, debe ser por algo. Ya está más que demostrado que la guerra no sólo se hace con cañones. Aunque, si hace falta, también.

<http://balancedeexistencias.com/2016/04/30/la-industria-memetica/>

LA HISTORIA MÁS GRANDE JAMÁS CONTADA

La escena es recordada y celebrada. José Isbert, alcalde de Villar del Río, toma la palabra desde el balcón del ayuntamiento, ante la plaza abarrotada. Es listo y vehemente, pero algo menguado de expresión: «¡Vecinos de Villar del Río, como alcalde vuestro que soy os debo una explicación, y esa explicación que os debo os la voy a pagar!», dice y entra en bucle: «¡Y yo, como alcalde vuestro que soy os debo una explicación...!», repite varias veces. Entonces, Manolo Morán, un avezado agente artístico que está a su lado, le interrumpe y toma la palabra: «Déjeme a mí... Yo no sé si os habréis enterado todavía de que el señor alcalde os debe una explicación», dice dirigiéndose a la muchedumbre, «pero si no os habéis enterado, aquí estoy yo para deciros que no solamente os debe eso, sino una gratitud emocionada por el respeto, entusiasmo y disciplina con que habéis acogido sus instrucciones, demostrando con ello el heroísmo sin par de este noble pueblo...». El alcalde intenta hablar de nuevo y se arranca con la misma cantinela de antes, pero el representante de espectáculos folclóricos, con su inmensa jeta, vuelve a apoderarse de la palabra. Su labia es torrencial, arrebatada, convencida y convincente: «La explicación que os debe el señor alcalde es innecesaria», espeta a los presentes que son el pueblo en masa, «porque vosotros sois inteligentes y despejados, y sobre todo nobles y bravos». Y tras una sarta de adulaciones de este jaez les promete, poniendo en prenda su palabra de honor, que si colaboran y hacen lo que se les pide obtendrán el oro y

el moro. El alcalde no se siente ofendido por haber sido interrumpido, muy al contrario. En un momento determinado no puede refrenar su entusiasmo y exclama: «¡Muy bien!».

Sólo uno de los vecinos ha osado discrepar, pero su parlamento airado no ha conseguido hacer mella en la perorata del farandulero, porque ésta encerraba un bonito cuento que hacía que todo lo que estaban haciendo y todo lo que eran y a lo que aspiraban tuviera sentido. Era una explicación obsequiosa, ilusionante y prometedora, con un final feliz de apariencia verosímil. Y contra relatos tan sugestivos no se puede luchar solo con la indignación. Ese disidente parece un salmón enano intentando remontar a saltos las cataratas de Niágara. No obtiene ningún asentimiento, y una vez ha hecho mutis, su breve intervención es despachada por el alcalde con un argumento ad hominem, descalificador pero generoso y condescendiente: «No hay que hacer caso del bueno de don Luís, que ya sabéis que se enfada por todo». Y por si a alguno le hubiera quedado alguna duda, el sacamuelas que tiene al lado añade: «¡Y a quien yo convenceré con cuatro palabras de que está completamente equivocado!». Es decir, que si vosotros, los de la boina, os habéis creído lo que ha dicho ese, también lo estáis. La escena acaba con vítores y un apoyo general a los planes de las autoridades, incluso por parte de los que no han entendido nada, que a juzgar por las expresiones son bastantes. Pero el entusiasmo del orador, el prestigio que le confiere estar en el balcón y la embriagadora sensación que sienten los de la plaza por el mero he-

cho de ser muchos, disipan cualquier duda, convierten la ignorancia en certeza.

Bienvenido Mr. Marshall merece estar entre las grandes obras de la historia del cine sólo (pero no únicamente) por esa pieza de pedagogía política. La secuencia transcurre en 1953, pero se alimenta de la experiencia acumulada a lo largo de siglos de roce con los poderes, y es más perspicaz, tiene más mala leche y mantiene la vigencia mejor que muchas películas que pasan por ser explícitamente subversivas.

Mientras se filmaba, a este lado de la pantalla el mecanismo era el mismo pero estaba oculto. Las autoridades decían de memoria lo que los charlatanes les escribían previamente y les iban reescribiendo sobre la marcha según como iba la cosa. Se trata de una asociación delictiva que no ha dejado de perfeccionar su *modus operandi* desde los orígenes de la historia. A estas alturas manejan un negocio de dimensiones planetarias, han incorporado a su industria del camelo a la mayor parte de los medios de comunicación de masas del mundo y tienen en nómina a muchos de los que deberían cuestionar el relato oficial, pero que en lugar de desmontarlo se dedican a escribirlo, a ejercer de cipayos de la pluma, el micrófono o la cámara, a hacer de victimarios de sus conciudadanos o de tontos del haba sin más. Se mueven entre la indecencia i la memez, una incógnita que se resuelve consultando su salario, tanto el monetario como el mental.



El mundo es ahora mismo un inmenso relato cada vez más alambicado, un cuento chino que ocupa todo el espacio disponible y que, por tanto, es indistinguible de la realidad. Está repleto de mentiras notorias y medias verdades apuntaladas con latiguillos y palabras talismán que aparecen y desaparecen, como los hechos a los que aluden, que se magnifican o se minimizan, se gritan o se susurran, y cuyo uso y significado —en caso de que lo tengan—, va variando a conve-

niencia. Es una historia de la que todos formamos parte, como comparsas mayormente, contada al unísono por un número incalculable de voces nerviosas, aceleradas, que parecen surgir de todos los poros del planeta, de sus alcantarillas más bien, que se entrecruzan y mezclan en un confuso guirigay que hace muy difícil la tarea de orientarse.

Es un barullo en el que hay menos disonancia de la que parece, en el que las vocecitas discrepantes, por más que se multipliquen, siguen perdiéndose, y los mensajes que lanzan los embaucadores y sus chicos y chicas del coro se acaban imponiendo, porque su voz es mucho más nítida y potente, y en sus arengas encuentran eficaz acomodo los miedos y los intereses —muchas veces contrapuestos— de una masa ingente de individuos que proclaman su amor a la verdad pero secretamente prefieren el engaño complaciente a la evidencia incómoda.

<http://balancedeexistencias.com/2016/02/06/la-historia-mas-grande-jamas-contada/>

EL BARQUITO DE LA INOCENCIA Y EL ICEBERG DE MIERDA

La película *La batalla de Argel* (Gillo Pontecorvo, 1966) fue terriblemente incómoda en su época y lo sigue siendo ahora. Su eficacia se ha visto escasamente mermada por esa realidad que se empeña en imitar al arte, y que, como no le sale bien, insiste e insiste y cada vez la caga más, como hacen los malos copistas. Seguramente era la primera vez que el cine, un arte popular para bien y para mal, trataba de ofrecer con voluntad pedagógica una explicación dialéctica del terrorismo, tanto del que se lleva la fama como del que practica el estado. En ella se podía y se puede ver cómo uno y otro se retroalimentan, y cómo la ciudadanía aporta sus prejuicios, miedos y actitudes a modo de combustible, cómo su comportamiento e ideología se ajustan, de manera casi mecánica, a unos intereses particulares que cada cual considera legítimos, pero que, vistos en conjunto y desde una perspectiva ajena y distante, no lo son siempre y no lo son por igual.



Cuando en esa película las bombas empiezan a explotar en las modernas cafeterías de la parte europea de la ciudad, ocupadas mayormente por franceses, a nadie se le ocurre preguntar por qué. A esas alturas los sobrecogidos espectadores ya intuyen las razones. Se puede ver cómo la culpa se extiende por toda la geografía urbana y social como una mancha de aceite —de petróleo, de fosfatos, de coltán—, igual que se extienden por la ciudad los terroristas, que los militares buscan entre las callejuelas de un barrio miserable y están ya en el centro infiltrados entre la inocencia, que casi siempre es pudiente.

Diacrónicamente, también se puede y seguramente se debe ver de ese modo. Todo lo que tenemos, todo lo que hacemos, puede decirse que todo lo que somos, se sustenta en una historia que chorrea sangre por todas sus rendijas procedente de un sinnúmero de víctimas propiciatorias, de horribles expiaciones, de castigos diferidos, de venganzas ciegas, de una cruel, extraña y quimérica búsqueda de un equilibrio al que nunca se llega, que siempre se rompe —lo rompen muchos y nadie en particular— por alguna de sus esquinas. En la medida en que somos sujetos de la historia —que lo somos: ese es nuestro auténtico pecado original del que ningún exorcismo nos puede librar—, nadie puede decir que es ajeno a nada aunque lo sea, aunque lo sienta así, aunque el sentimiento de injusticia nos arrase el alma cuando nos alcanzan las ondas de esa despiadada entropía.

Las razones últimas de toda esa devastación se hunden en el pantano de la política, forman un iceberg cuya parte sumergida ha ido adquiriendo unas proporciones monstruosas, que tiende cada vez mas a la invisibilidad pero que, a veces, muestra su cresta gracias a la interceptación de un puñado de e-mails por parte de alguien que se sale del guión, o por la calculada franqueza de alguien que en un momento dado necesita utilizar un trozo de verdad como munición.

Tres días después de los atentados de París,² uno de los ponentes de la cumbre de los G20 dijo que «hay más de cuarenta estados que están financiando a los terroristas, y muchos de ellos se encuentran aquí». En buena lógica informativa, la cámara tendría que haber girado para que pudiéramos ver los rostros de los interpelados, pero no lo hizo, siguió enfocando al ponente. El realizador al mando se reservó las caras de aquellos personajes aludidos que callaban como putas, como jugadores de póquer con cartas fraudulentas repartidas por mangas y bolsillos. Sabe que más de uno ellos hara falta, en algún momento, para salir a la palestra y lanzar una arenga en nombre de la democracia, en nombre de la libertad, en nombre de todos nosotros, contra esos terroristas a los que, según parece, ellos mismos les financian sus sangrientos vicios.

2 El ataque a la sala Le Bataclan, y otros que fueron cometidos en distintas partes de la ciudad el 13 de diciembre de 2015 por los yihadistas, con un saldo de 137 personas muertas y 415 heridas.

Ni las confidencias de mil seres buenos —o simples criados indiscretos, que han contado lo que han oído desde la cocina—, como parecen ser Snowden, Lassange o Manning, nos descubrirán nunca lo que hay en ese basurero inmenso que se esconde bajo la parte visible del iceberg político. Seguramente deberíamos tomarnos en serio nuestro papel de sujetos de la historia si no queremos acabar convertidos en sus simples objetos y, además, objetos despedazados. Nuestra única opción es utilizar lo más sabiamente que podamos el margen que todavía nos queda, modular nuestra inteligencia con todo el conocimiento que consigamos acaparar, actuar en consecuencia y no equivocarnos demasiado, tratar de no dar oportunidades a los tontos, desenmascarar a todo aquel que pillemos embozado en la patraña, el escamoteo, la impostura y los muchos modos de codicia asesina, y, sobre todo, procurar que ningún mono descerebrado tenga acceso jamás a una pistola, a un púlpito o a un acta de presidente.

*[http://balancedeexistencias.com/2015/11/21/el-barquito-de-la-
inocencia-y-el-iceberg-de-mierda/](http://balancedeexistencias.com/2015/11/21/el-barquito-de-la- inocencia-y-el-iceberg-de-mierda/)*

NI UNIVERSAL NI HUMANA

En 1948, poco después de dar por consumada la mayor —que no la última— salvajada protagonizada por una especie animal hasta esa fecha, los mandatarios alfa de las potencias triunfantes, flanqueados por algunos comparsas, tras aporrearse el pecho y soltar unos cuantos alaridos sobre una montaña de muertos, cual putas arrepentidas hicieron unas cuantas declaraciones de intenciones a la sombra del hongo nuclear. Estaban tan seguros de que podrían pasárselas por el forro tantas veces como les viniera en gana que no dudaron en hacerlo por escrito. De esa manera podían hacerse una foto con una pluma en la mano, que es como entonces se pensaba que había que pasar a la historia.

Tal vez el más altisonante de los documentos que salieron de esa especie de ritual de purificación sea la Declaración Universal de los Derechos Humanos. No había nada original en ese papel. Ni siquiera en su formulación. El intento de materialización de esos derechos era lo que, explícita o implícitamente había motivado, motiva y motivará la mayoría de los cambios sociales y políticos emancipatorios a lo largo de la historia. Y siempre ha sido y será contra el poder, nunca desde él aunque a veces pueda parecer lo contrario, como explicó muy bien Lampedusa y puede que aun mejor Visconti. Tampoco era la primera vez que se ponían por escrito, pero era la primera vez que se hacía desde un poder omnímodo, avalado por una maquinaria de

guerra apabullante recién engrasada con la sangre de setenta millones de personas. Era la versión definitiva. Supuestamente, a partir de ese momento todos esos derechos tenían avalistas suficientemente competentes para hacerlos efectivos. Sin embargo no hay papel con el que tantos se hayan limpiado el culo tantas veces a lo largo de la historia. Y ahí sigue, tan terso, tan blanco, tan consistente, haciendo gala de una extraña durabilidad.

La Declaración «Universal» —ahí es nada— de los Derechos Humanos fue un magnífico acto de cinismo nada disimulado. Véase si no lo que dice su artículo 29.3: «Estos derechos y libertades no podrán, en ningún caso, ser ejercidos en oposición a los propósitos y principios de las Naciones Unidas». ¿Cómo quedamos? ¿Acaso los propósitos y principios de las Naciones Unidas no son coincidentes con los de la Declaración? El documento en cuestión venía a ejemplificar aquello de «haz lo que yo digo pero no lo que yo hago». Ni lo que he hecho ni lo que haré. Los derechos se fijaban en forma de mandamientos no para garantizarlos, sino para monopolizarlos. Todos sabían, sobre todo los que la detentaban, que aquella fuerza capaz de cambiar el rumbo del mundo se volvería a utilizar tantas veces como conviniera, por eso había que crear un código que justificara su uso. Al parecer somos capaces de cometer todas las arbitrariedades imaginables, pero no podemos hacerlo sin justificarlas de algún modo, sin encajarlas dentro de un relato de apariencia coherente. Sólo por eso

la literatura será siempre necesaria. Es un antídoto para la locura. O, mejor dicho, su mejor disfraz.

La Declaración está tan bien redactada, dicho sea sin ninguna ironía, que permite tantas dobles lecturas como haga falta. Pocos, excepto los más ingenuos, ignoran ya que es un documento meramente instrumental, del que no importa tanto lo que dice como el uso que se puede hacer de él a conveniencia, y no porque en su mayor parte sea ambiguo o fácil de traicionar, sino porque ésa es su naturaleza, el propósito con el que fue redactado. Más que una declaración de derechos humanos es un prontuario para hacer declaraciones de guerra. Desde que se publicó no ha habido acto bélico que no se haya escudado en la violación previa de alguno de sus artículos por parte del agredido y en la intención de hacerlos valer por parte del agresor. La violación, real o supuesta, de parte de esos derechos por unos justifica la violación masiva de esos mismos derechos por otros. Una guerra es legal o ilegal —la sola distinción provoca arcadas— en relación al grado de incumplimiento de uno sólo de sus artículos por una de las partes. En la práctica coloca los derechos humanos por encima de los seres humanos.



Avala el éxito de la operación el hecho de que casi setenta años después seguimos apelando a ese documento sacralizado, en unos casos como si fuera una tabla de salvación —no lo es— y en otros como si en su nombre se pudiera justificar cualquier acto de agresión —se puede—. No vale la pena denunciar aquí la lamentable situación en que se encuentra cada uno de los derechos a los que alude, ya lo hacen otros en otros sitios y muy bien. Pero como quien oye llover. El poder del que gozan sus pretendidos garantes se apoya en el uso de que de ellos hacen a su conveniencia, en su utilización meramente

propagandística, en su transgresión sistemática, en la rentabilidad que consiguen extraer del sufrimiento ajeno, el de esos humanos por cuyos derechos dicen suspirar y cuya humanidad desprecian con inhumanidad manifiesta. Lo inexplicable es que los sigamos invocando mientras nos zampamos un rodaballo que se acaba de alimentar a su vez con la carne de los miles de cadáveres que espesan ahora mismo esa sopa macabra en la que se está convirtiendo el Mediterráneo, un festín bendecido por veintiocho estados, nada menos, cuyas constituciones están basadas en esa inocentada, que de ese modo perpetúan.³

<http://balancedeexistencias.com/2016/06/04/ni-universal-ni-humana/>

3 Referencia al acuerdo de los miembros de la UE, efectuado en marzo de 2016, para impedir la entrada de refugiados sirios en suelo europeo y expulsar a Turquía a los que ya habían llegado, desde donde los readmitirían según un reparto por cuotas que nunca se cumpliría. Eso implicaba, entre otras cosas, desentenderse de su suerte al cruzar el Mediterráneo.

LA GRAN ILUSIÓN



Hay algo extrañamente familiar en la foto de este señor de aires germánicos y el agradecido lacayo que posa cautamente la mano sobre la espalda complacida de su amo. Es una pena que el arte de la fotografía se descubriera tan tarde, porque de no ser así tendríamos ahora ante nosotros una colección de imágenes sumamente parecidas, que podríamos ordenar cronológicamente, y no habría que esforzarse mucho en explicar que la estafa de la que estamos siendo víctimas es más vieja que el arte de cagar. Y ustedes perdonen la expresión, pero es que vivimos tiempos que invitan a usar la brocha gorda y a veces es difícil resistirse a hacerlo.

Alguien tuvo que ser y fue Constantino I el Grande. Cuando allá por el año 300 trataba de zurcir los descosidos de un Imperio Romano deshilachado, se percató de lo conveniente que era tener un sólo dios y abrió las puertas del Estado al cristianismo. Se abrieron entonces unos vasos comunicantes entre religión y política que habrían de marcar el rumbo de la historia. Sin dejar de ser supranacional, la Iglesia se dotó de unas estructuras cada vez más jerarquizadas y, finalmente, de un estado propio —varios, a lo largo de los siglos—, lo que ya es mérito: ríete tú del misterio de la Santísima Trinidad. Y el Estado, por su parte, se fue dotando de un corpus ideológico que nada tenía que envidiar a las sagradas escrituras, entre otras cosas porque estaba hecho a su imagen y semejanza.

Se trataba de que la gente aceptara sin remilgos la legitimidad de la organización vertical del poder y, por tanto, la legitimidad de todo lo que emana de arriba. Como resulta que Dios —a partir de entonces con mayúscula— ya estaba patentado, se inventaron la que iba a ser la deidad laica por excelencia: la propiedad. La Propiedad, que bien se merece también una mayúscula, es la zanahoria sagrada tras cuyos favores no hemos dejado de correr y en cuyo nombre hemos aguantado todos los palos que han ido cayendo y los que caerán.

Los primeros esclavos manumisos ya comprobaron hasta que punto la propiedad era una quimera, porque se encontraron con que no tenían nada aparte de a sí mismos y, gloriosa paradoja, nada más ser liberados tuvieron que venderse para conseguir ser propietarios de la propia vida. Con eso nos conformamos durante toda la Edad Media y más allá. Servir como vasallos a un buen señor, para que con un mandoble no nos quitaran esa insuficiente propiedad que es el alma, era todo un logro de propietarios. No grandes todavía, pero con perspectivas de futuro.

Pero si por algo se caracteriza la pobreza es porque es ambiciosa. Seguía ahí la Iglesia engarzada con el Estado para avisarnos de que la codicia era un pecado grave, y sobre todo peligroso, pero éste no paraba de hacer su insidioso camino en nuestra podrida sesera. Como la Iglesia es una institución keynesiana *avant la lettre*, también advertía a sus socios de los peligros que comportaba la avaricia sin templan-

za. «Soltad un poco la mano que si no nos cortaran el cuello», les decían. Pero los nobles, que no tenían la potestad de dar generosas compensaciones *post mortem* como los curas, y tampoco estaban muy versados en anatomía, no entendían la relación entre una cosa y otra. «¿Qué tienen que ver los cojones para comer trigo?», se preguntaban. Hasta que llegó la Revolución Francesa y se vio que mucho.

La calle se llenó de sangre y de *citoyens* con derecho a la propiedad. La zanahoria seguía ahí, más asequible, gorda y reluciente que nunca, y seguíamos dispuestos a perder la cabeza por ella. El problema era que la mayoría empezó a tener el derecho pero no la cosa, seguían teniéndose sólo a sí mismos, que como propiedad es una cosa bastante misteriosa además de cutre. Así que la liturgia se adaptó a los nuevos tiempos.

«*Voyons, mon frère* —le decía el *gros citoyen* al *petit citoyen*—: tú tienes unos brazos fuertes y un cerebro pequeñito, mientras que yo tengo un cerebro privilegiado y unos brazos esmirriados (porque no doy un palo al agua, pero vamos a convenir que es porque el Dios mayúsculo lo ha querido así), por tanto la cosa está clara: tu propiedad son tus brazos y la mía mi ingenio para sacarles partido, unamos fuerzas». Y eso fue lo que pasó. Como era él, el *gros citoyen*, quien tenía una chola del carajo, era quien se encargaba también de repartir las ganancias. El poder seguía fluyendo de arriba abajo y la abundancia de abajo arriba. La cosa no podía ir mejor.

Pero había algunos a los que, o bien no les había convencido el argumento del *citoyen* de la cara de cemento, o bien ni siquiera lo habían oído, y tras varios intentos pusieron en marcha un modelo de estado que prescindía del concepto de propiedad privada y que, aunque a trompicones, parecía que iba en serio. Encima, había otros haciendo cola que ni siquiera querían tener un estado, lo que era el colmo del paganismo. Se acotó como se pudo la zona infectada y se les empezó a fumigar sin descanso. Mientras tanto, en la parte sana, que además se proclamó más libre (también una y grande en según qué sitios) y más democrática que nunca, el truco de la propiedad alcanzó su máximo grado de sofisticación. «¡Os hacen trampa, sólo es democracia formal, democracia burguesa!», gritaban aquellos entre los vapores de DDT: ni caso. «Consumismo», acabaron llamando a esa orgía supuestamente propietaria.

Los apestados aquellos y sus amigos de este lado, si tan claro lo tenían bien podrían haber avisado de que no era lo mismo ser propietarios de bienes personales que de bienes inmuebles y medios de producción (aunque igual lo hicieron, pero si ya era difícil entender lo de la democracia formal, a ver quien prestaba atención a eso). Era algo fantástico: cuanto más conseguía y más quería tener la mayoría, más acumulaba la minoría. Había quien se mataba en el intento y había quien se atragantaba con un trámite llamado hipoteca y moría más pobre de lo que había empezado. Pero, por decirlo todo, también había quien se transformaba en lo que parecía ser un propietario de

verdad, y todos nos mirábamos en ese espejo babeando de admiración y de envidia.

La ilusión de la propiedad, unida a la de la libertad, parecía funcionar mejor que nunca, pero cada vez actuaba peor como barrera hematocéfálica entre ese cuerpo todo brazos y la privilegiada mente de los propietarios de raza. La ambición de los pobres se disparaba. Hasta los gatos querían tener zapatos y la democracia «formal» cada vez tenía mayor tendencia a perder las formas. Aunque la rentabilidad del tinglado se mantenía, en términos generales la idea del igualitarismo iba arraigando de manera peligrosa.

Ya se habían echado mano de los trucos más sucios que imaginar se pueda para mantener las distancias, como por ejemplo unas guerras en las que caían cincuenta o setenta millones de potenciales propietarios de una tacada. Eran guerras entre naciones, decían, pero el asunto no estaba muy claro. Los cañones, aunque parezca lo contrario, hacen pensar, porque al servirse de la fe la desgastan. Cualquiera podía darse cuenta que había una supranación sin territorio definido, que por tanto no estaba en el mapa, donde vivían los auténticos propietarios y no llegaban las bombas. Y había quien estaba empezando a fijarse en que, por alguna extraña razón, ellos nunca habían temido la miseria ni les había preocupado sembrarla, que lo que de verdad les importaba era conservar eso que se llama el *stato quo*, o sea, con-

tinuar arriba del machito, como Dios manda por lo menos desde tiempos de Constantino.

Eso que creíamos poseer ha resultado ser una gran ilusión y el príngue en el que estamos atrapados. Nuestro derecho a la propiedad no iba acompañado de la capacidad de conseguirla y la que creíamos conseguir no iba acompañada de la capacidad de conservarla. Todo lo que creíamos poseer estaba directa o indirectamente hipotecado, es decir que no era nuestro, estaba atado a una larga cuerda que sujetaban unos que se han ocupado de hacerla cada vez más gruesa. Ahora están recogiendo la madeja. Seguramente creen estar ante una oportunidad histórica y puede que no estén desencaminados porque, por no tener, no tenemos ni siquiera a esa parte del Estado que supuestamente nos daba el derecho aunque no la cosa y nos avalaba: está todo él entre las hebras de esa sogá, que más bien parece ya la maroma de un trasatlántico. Así que, tras ajustarnos las cuentas y sacarnos la tontería de encima, querrán volver a empezar, y parece que pretenden hacerlo desde cero, sin concesiones. No quieren esclavos, ni proletarios, ni vasallos, ni mucho menos clase media —los mejores servidores de la diosa Propiedad que nunca ha habido—, porque se han acabado las medias tintas: quieren prisioneros y luego ya se verá.

Todo indica que eso es lo que pretenden y que en eso están. Últimamente la Iglesia está más keynesiana que nunca y no deja de lanzarles avisos a través del papa de turno, siempre afín a los tiempos que

corren. Pero ellos dicen como antaño: «¿Qué tienen que ver los cojones para comer trigo?» En eso estamos también nosotros, tratando de averiguarlo, *grossen kameraden*. A ver si el Espíritu Santo nos ilumina.

<http://balancedeexistencias.com/2015/07/25/la-gran-ilusion/>

CULPABLES

Seguramente, en toda su historia la humanidad no ha tenido una ocurrencia tan aviesa como la del pecado original. Puede que sea la hazaña cultural más extraordinaria, rentable y determinante que ha habido jamás. Eso de convencernos de que nacemos ya culpables es una obra maestra de la ingeniería ideológica. Buena parte de nuestra cultura se cimenta en esa argucia. ¿La identidad europea tiene unas raíces cristianas? Ya lo creo que sí. Y han penetrado hasta las capas más profundas de su tejido racional. Nos sentimos en deuda permanente con el mundo, y sentimos la necesidad de limpiar nuestra alma cada día. La propina que damos de vez en cuando en los semáforos sustituye al mocho y la lejía, pero nada tan eficaz como pagar regularmente nuestra cuota a alguna ONG. Se expía mejor así, a ciegas. Evita tener que tomar decisiones morales, valga la redundancia. Que otros se encarguen de dar un buen uso a mi euro, no queráis que me caliente la cabeza.



¿Y de qué nos sentimos culpables? De lo que ellos quieran. Excepto cinco millones de paisanos que van al parque a echar maíz a las palomas (o a robárselo, según sea su grado de desesperación), nos pasamos la vida yendo de casa al trabajo y del trabajo a casa, respetando las normas de tráfico y sin matarQ una mosca. Y al cabo de los años nos morimos, la cosa no da para más. Pero somos culpables por com-

plicidad o por delegación. El telediario se encarga de decirnos cuál es nuestro pecado del día y cuáles nos quedan todavía por purgar, y las diversas organizaciones benéficas se encargan de indicarnos las vías para hacerlo. Todo eso nos convierte en unos seres reactivos, que es una cosa bien triste. Hacemos el bien no porque nos haga felices hacerlo, no como un acto positivo, de afirmación individual, sino para compensar el mal que hacemos colectivamente, más exactamente el mal que hacen unos cuantos en nombre de todos nosotros y de nuestro hipotético bienestar. Se puede hablar de toda una industria de la culpa, que nos da la oportunidad de recuperar la felicidad que ella misma se encarga de quitarnos. A la mayoría la culpa nos encajona, nos impide ir hacia delante o hacia atrás, pero facilita el camino a unos pocos que no han sentido un remordimiento en su vida.

Hemos dejado que otros tomen el control de nuestras conciencias, y ese es el principio de toda alienación. Los medios de información, las ONG, los publicistas han tomado el relevo de los sacerdotes, que siguen ahí y se reparten con ellos el negocio. Al igual que han hecho estos últimos toda la vida en régimen de monopolio, nos imponen códigos de conducta supuestamente universales que sustituyen a la ética individual. Nos dicen lo que tenemos que sentir, qué hacer y cómo hacerlo, nos han liberado de la obligación de decidir, y eso nos está convirtiendo en unos inválidos morales. Dudamos ante la tesitura de darle una limosna a un pobre que nos mira a los ojos, pero nos resulta muy fácil dársela a una organización que no sabemos qué

hace, en un país que ni siquiera sabemos donde está, para paliar los efectos de un conflicto que no entendemos. Pagamos nuestra cuota pero no sabemos muy bien por qué ni para qué, y además nos atrevemos a censurar a quien no nos imita, porque colaborar con una organización «solidaria» nos sitúa en una posición privilegiada dentro de la escala de valores que nos han colocado. También nos han hecho misioneros de la culpa.

Pero, ¿organización solidaria con quién? Muchas de esas empresas se ha demostrado que son en la práctica un instrumento al servicio de intereses gubernamentales muy específicos, y casi siempre un recurso al servicio de la globalización neoliberal. Dejando al margen esto, las ONG son la prueba de que nos hemos habituado a actuar sobre los efectos de la maldad y no sobre la maldad misma. Puestos a delegar nuestras buenas acciones, ¿por qué no hacerlo en organizaciones que combatan el mal en lugar de en unas que se limitan a reparar sus efectos? Con una fracción de lo que cuesta financiar a las más de diez millones (¡10.000.000!) de ONG que hay en el mundo, podríamos ponérselo muy difícil a la mitad de los sátrapas del planeta. Pero la sola perspectiva de una cosa así activa todos nuestros miedos y, en todo caso, la manera de hacerlo parece escapar a nuestra imaginación, y sobre todo a nuestra capacidad de análisis. Nuestra minusvalía moral va acompañada de una notable minusvalía mental.

Hemos aceptado la maldad como algo inevitable, necesario para preservar eso que llaman nuestros privilegios. Es algo que, de vez en cuando, los que nos gobiernan escenifican muy bien, con una caradura digna de ser admirada. Se hinchan los bolsillos vendiendo bombas a «las partes en conflicto» en Siria, cuando no lanzándolas directamente sobre la población, pero no quieren refugiados —ellos dicen que somos nosotros (los culpables desde el origen, ¿quién si no?) los que no los queremos—, así que se juntan en Londres (febrero de 2016) y deciden «donar» 9.000 millones de euros para financiar la creación de campos de refugiados en los países fronterizos. ¿Quiénes gestionarán esos campos? ACNUR y 60 ONG. Y así es como, a menudo, nuestro dinero culpable, si no va a parar directamente a las manos de los mismos que provocan las catástrofes que creemos paliar, como mínimo les cubren las espaldas.

Somos cada vez más heterónomos, cada vez más dependientes e incapaces de tomar decisiones por nuestra cuenta. Cuando queremos llegar a conclusiones propias acerca de cualquiera de los temas sobre los que supuestamente estamos sobreinformados, ya sea la oleada de revoluciones «espontáneas» y de colores que surgieron de la nada en los últimos años y que han desembocado en desastres (todas y cada una de ellas), ya sea el terrorismo islámico, el cambio climático, la crisis financiera o los conflictos que «asolan» África, nos damos cuenta de que sabemos menos de lo que creíamos. Sabemos una mierda exactamente. Lo único que tenemos son piezas sueltas de un

puzzle que somos incapaces de reconstruir, porque nos lo han vendido incompleto y sin modelo para armar.

Esa supuesta sobreabundancia de información es un espejismo cuidadosamente elaborado que pone el énfasis en las consecuencias de los hechos, no en sus causas. Sí, el niño Aylan se ahogó en las costas de Turquía, como cientos de otros como él, pero hace más de un año que han desaparecido diez mil niños refugiados en las entrañas de la Europa cristiana y de eso apenas si se ha hablado. Es de suponer que la mitad, por lo menos, son niñas: téngalo en cuenta el lector piadoso si es de los que frecuentan ciertas casas de lenocinio, porque no es muy difícil imaginar cuál será su destino. La saturación informativa está diseñada para dirigir nuestro comportamiento mediante la activación de unos automatismos que llevamos implantados desde la noche de los tiempos. Automatismos como el de la culpa y la penitencia que, aunque parezca lo contrario, están diseñados para proteger el pecado, no para evitarlo. Lo de redimirnos de él es una coña con pitoreo.

<http://balancedeexistencias.com/2016/02/13/culpables/>